

EL ESTUDIANTE

Revista de la juventud española



S U M A R I O

Ante el manifiesto republicano, Editorial.—El afán de volar, Editorial. Hace falta que vuelva el Cid, José Antonio Balbontín.—Ahora, en abril, aquí, Antonio Espina.—El verdadero sentido de la extensión universitaria, José Antonio G. Santelices.—Para la resolución del problema de la enseñanza, L. R.—Apuntes de un lector, Benjamín Jarnés.—El paisaje en el «Mío Cid» y en el «Cantar de Roland», Fernán Gómez.—Final de la Farra, libro sexto de Tirano Banderas, Don Ramón del Valle-Inclán.—Juguete y Velero (versos), Claudio de la Torre.—España y sus ciudades. «Palencia la Abierta», Teófilo Ortega.—El problema de las relaciones económicas internacionales, Alfred Zimmern.—El Tren Blindado N. 14-69. La vía férrea, Vsevolod Ivanov.—Sobre el próximo Congreso Panamericano Bolivariano. Una carta de Alfredo L. Palacios y otra de los estudiantes del Panamá.—Jardín invernal (versos), J. Rivas Panedas.—El Fascismo triunfante.—Dibujos de Garrán.

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 18 abril 1926

Tres nuevos libros que reco-
mendamos a nuestros lectores

LA NUEVA RUSIA

POR

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

TIGRE JUAN

NOVELA

El curandero de su honra

NOVELA (Segunda parte de TIGRE JUAN)

POR

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

EL ESTADANTE

REVISTA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 13

Director: Rafael Giménez Siles

18 ABRIL 1926

DIRECCIÓN
Y ADMINIS-
TRACIÓN:
MARQUÉS DE
CUBAS, 8

Este número ha sido
visado por la censura



Ante el manifiesto republicano

Los elementos republicanos españoles han comenzado a dar en estos días una muestra de cierta actividad. Se hace patente ésta en un manifiesto próximo a publicarse, el cual tenemos a la vista. No todas las personalidades políticas izquierdistas se hallan conformes con aquel manifiesto; pocas asienten plenamente a la proclama republicana. Ha producido ésta disidencias interesantes, y así vienen a mantener sobre el texto de aquel manifiesto su autor, Marcelino Domingo, y Araquistain un provechoso diálogo, el cual seguimos ahora con vivísimo interés, no sólo por el tema, por demás trascendental, que se ventila en el diálogo, sino también, y más principalmente, por los interlocutores, personalidades que tienen ganada desde hace tiempo nuestra más viva consideración y atención.

Desde hace mucho buscamos en el horizonte político español figuras que tuvieran un sólido prestigio, garantizado por anteriores actuaciones. En realidad, lo que se llama propiamente actuación, no la hemos visto en parte alguna, como no sea en determinados partidos obreros. La juventud española, aquella que siente hondamente los problemas políticos del país, no se ha encontrado nunca con preocupaciones parejas a las suyas, en generaciones anteriores. No deja de interesar, sin embargo, a aquella juventud la discusión entablada a propósito del manifiesto republicano, y por ello deseamos fijar aquí nuestra opinión, deseosos de contribuir en la medida de nuestras fuerzas a la orientación del pueblo.

No nos metemos ahora a dilucidar si lo procedente, en los momentos actuales, es publicar un manifiesto. Pero, dado éste, hemos de patentizar nuestro desencanto ante la vaguedad de la página de Marcelino Domingo, página que no llena, ni con mucho, la "desesperanzada esperanza" que conservábamos. Los problemas ya resueltos, desde hace mucho tiempo, en todos los programas republicanos, aparecen en éste que ha de darse a la publicidad brevemente esbozados, vagos, perdidos en una oratoria sin consistencia. Ello nos desconcierta en verdad y nos hace dudar de la eficacia de tales proposiciones, ya que el tono empleado viene a ser demasiado humilde, como si el partido republicano,

de antemano, no tuviera fe en sí ni confianza absoluta en los hombres que lo constituyen. En este respecto, desde luego, estamos con Araquistain. Hay que ir directamente, sin vacilaciones, al "todo". Hay que desear, sin concesiones, sin equilibrios ni posibilismo, una reforma radical. Un partido republicano; es decir, revolucionario, no puede mantenerse en un tenue reformismo, ni debe, por otra parte, hacer una llamada llena de vaguedades.

Pensamos, sin embargo, y en esto nos acercamos a Marcelino Domingo, que en estos momentos no es político, ni siquiera prudente, limitarse a formular críticas bizantinas sobre la flojedad de un manifiesto, sin apresurarse a iniciar frente al manifiesto censurado una nueva vía de acción vigorosa y eficaz.

Creemos que lo que el pueblo español siente en estos momentos es, ante todo y sobre todo, hambre de acción, y en tal sentido la plenitud de nuestro esfuerzo —por modesto que sea— estará siempre al lado de todo el que se mueva por un ideal renovador, aunque discrepemos del matiz y de la forma concreta de los programas escritos.

Por nuestra parte, hemos huído siempre de formular programas concretos, convencidos de que basta con algunos principios claros y concisos apasionadamente sentidos. Conocida es nuestra adhesión entusiasta a los sentimientos de las masas obreras, de las que no queremos separarnos y con las que será siempre preciso contar para toda renovación sincera de la vida española; con este fuerte sentimiento

Este número ha sido
visado por la censura

seguiremos en nuestro empeño de fundir nuestra acción con la del pueblo, hasta que de esta firme unión surja el programa vivo y real creado por la acción misma.

EL AFAN DE VOLAR

En lo profundo del espíritu humano hay un ansia de vuelo, un afán indomable de superar la primitiva servidumbre del lodo.

Este anhelo de remotarse, que parecía muerto en el quietismo de la vida española —sumida por extraño atavismo, en una segunda "edad de los reptiles"—, se ha reavivado intensamente en nuestros días, ante el éxito de la excursión del "Plus Ultra", y el desenvolvimiento feliz de la que ahora realizan los aviadores Estévez, Lóriga y Gallarza.

El entusiasmo ingenuo con que el pueblo español acoge estas andanzas, significa, ante todo y sobre todo, el afán de vivir y de elevarse, el ansia incontinida de abandonar este pantano inmundado de nuestra vida, mustia y pobre.

El pueblo español, atraviesa uno de esos momentos críticos en que el alma colectiva, antes de caer en la desesperación final, busca angustiosamente un gesto heroico que le ofrezca un destello de esperanza. Los pueblos —como nos hizo ver Carlyle— no pueden vivir sin heroísmo. Cuando no tienen héroes, los inventan. La deporable adoración de nuestros masas populares hacia los grotescos paladines de la estúpida salvajada taurina, no es otra cosa más que una manifestación patológica de este ardoroso anhelo de heroísmo, que late siempre en lo profundo de la conciencia colectiva.

Celebremos que el pueblo español comience a depurar este apetito heroico, y oriente su admiración hacia los hombres capaces de realizar algo más noble que la matanza artera de bestias inocentes.

Y no nos cansemos de perfeccionar, en la medida de nuestras fuerzas, este generoso instinto promotor de heroicidades. Hagamos ver a nuestro pueblo, y a las personalidades representativas de raza, las grandes tareas que reclaman en esta hora la aplicación urgente del espíritu heroico.

Amigos: lo sabéis muy bien, la mitad del territorio español esté sin cultivar, y la otra mitad sufre un cultivo insuficiente. El sesenta por ciento de la población española —esto es muy triste, y hartado conocido, pero es necesario repetirlo hasta que nos duela en el alma—, la mayoría de la población española no sabe leer ni escribir; vive, pues, en un estado de animalidad inferior, inevitablemente insensible a las sugerencias de la Cultura.

¡Cuánto heroísmo es necesario para acabar con este estado de cosas, y con las causas más profundas de su perpetuación desesperante! Necesitamos muchos héroes. Para redimirnos plenamente nos haría falta una generación entera, compuesta toda ella de almas heroicas y abnegadas. Sólo una falange de esta naturaleza, podría preparar la tierra española de tal modo que, apoyando en ella nuestro pie con la seguridad de Anteo, pudiésemos dar saltos magníficos al sol de la gloria y del progreso, sin peligro alguno de caer en la siniestra renovación del mito de Icaro.

No desesperemos de lograr el vuelo ideal que apetece. Tenemos un pueblo lleno de posibilidades internas. No escasean, entre nosotros, individualidades vigorosas. ¿Qué nos falta, pues?: Una idea —fuerza, que diría Fouillée—. Esta idea propulsora que podrá ser la de la Libertad, o la de Comunidad, o acaso una síntesis viva de esas dos tendencias eternas del espíri-

tu humano; esta idea libertadora y progresiva es la que nosotros, los ideadores de la nueva generación, estamos llamados a esclarecer y difundir para que el pueblo español se lance en masa al vuelo de una vida más pura.

HACE FALTA QUE VUELVA EL CID

Por JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

Este número ha sido visado por la censura

Cuando Joaquín Costa clamaba desesperadamente por "que fuese cerrado con siete llaves el sepulcro del Cid", eligió mal el nombre simbólico. Costa quiso decir, sin duda, que España, para regenerarse interiormente, necesitaba renunciar a toda locura imperialista y a todo prurito de guerrear por el gusto bárbaro de la guerra misma. De ninguna manera pudo Costa desear que con el Cid fuese enterrado el indomable espíritu de libertad, que con tanto vigor resalta en el más popular de nuestros héroes.

Y así se da la paradoja de que, para enterrar lo que él llamaba inadecuadamente el Cid, Costa "se pone a cidear", como advierte sagazmente Unamuno en su magnífico poema filosófico: "Del sentimiento trágico de la vida".

* * *

Cuando yo hablo del Cid, me refiero, naturalmente, al símbolo vivo engendrado por la imaginación popular, al Cid del Romancero, que es el único Cid verdaderamente castellano. El otro Cid momificado, que la admirable ciencia histórica de nuestros Pelayos y Pidales se ha servido mostrarnos al desnudo, no tiene ningún valor para el espíritu.

Yo no sé si Rodrigo Díaz de Vivar fué —científicamente disecado— un aventurero sin escrúpulos, que peleaba simplemente por la soldada, donde quiera que la encontrase. Lo que importa es ponderar la potencia artística y vital del buen Cid legendario. Este es el Cid profundamente real. De la misma manera que Don Quijote de la Mancha tiene —como nos hizo ver Unamuno— mucha más realidad que Miguel de Cervantes, así también el Cid de la leyenda es infinitamente más real, más vivo y combatiente, más humano y más firme, que todos los Cides de la Historia.

Y el Cid del Romancero es, ante todo y sobre todo, un héroe popular, un hombre que ama al pueblo, más que a Jimena y más que a su Tizona, un hombre que, por amor al pueblo, se enemista con su rey, y le dice palabras fuertes a la Iglesia, y lucha por su cuenta, sin apoyo de nadie, en favor de las ansias populares, repudiando, no obstante, la guerra misma

—su profesión y su ideal— cuando ella contraría los intereses de su pueblo:

"Nuevo sois el rey Alfonso,
nuevo sois en estas tierras...
Antes que a guerra vayades,
sosegad las tierras vuestras..."

Se comprende que un héroe de esta índole, tan nutrido de savia popular, ganase batallas después de muerto.

* * *

Este número ha sido censurado

AHORA, EN ABRIL, AQUI

A UN DIFUNTO

I

Di, muerto:
¿Por qué estás muerto
Si yo lo estoy más
Y vivo?

II

Si más que cuestión de ausencia,
La muerte es *cuestión de frío*,
A tu gélido tenebre
Opongo un Yo
Tenebrido.

III

Señor de espacios
Y no
Del hoscomundo vecino.
Dejas tic-tac y hoscomundo.
¡Reloj del siglo!

IV

Yo, con mis ojos humanos,
En la sombra estoy,
(Distingo.)
Tú
Distingues luz tabórica.
¡Rayo infinito!

V

Y
aunque,
Si bien se remira
Para estar los dos lo mismo
Sólo te falta,

a ti andar.

A mí
quedarme en tu sitio.

Ello es esto:
Tú eres libre.
Tal es tal:
Y yo,
cautivo.

VI

Yorik.

Si ausencia
No es tanto, morir,
cual frío
Di, muerto
¿Por qué estás muerto,
Si yo...?

ADVERTENCIA

Del aguatimbre de la acuarela
Al tercodrama del aguafuerte,
Hay una fiesta cascabelera
Y hay una muerte.

A COVACHUELO

A "questa" verdad se atenga
Usted no vive
Devenga.

Si

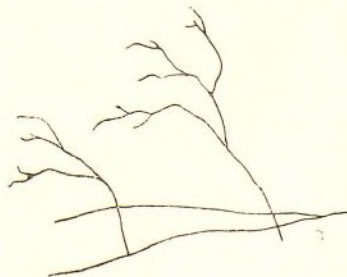
Aquello estuvo en nada.
Un momento quizás y
Pero
En mí vencieron egoísmos de hombre
Y en ti distingos de moral preclara.

Igual
Aconteció siempre en mi historia
Con cuanto quise conseguir.
Igual.
¡A punto huyóse cuanto a punto estaba!

Para mí
Aquello y lo otro y esto
Siempre
siempre,
Desvaneciósese cuando a punto estaba.

Para mí
Todo
Siempre
"Estuvo en nada".

ANTONIO ESPINA.



El verdadero sentido de la "extensión universitaria"

Por José Antonio G. Santelices

Ante los cursos de "Extensión Universitaria" que con laudable propósito organizan muchas Universidades —la de Valladolid muy principalmente—, me he detenido a considerar muchas veces si esta extensión, tal como se entiende y practica, encuadra en sus verdaderas finalidades y alcanza eficaces resultados; si sirve para remover el espíritu universitario, para inquietar sus aspiraciones y purificar sus pensamientos, poniéndose en contacto con los problemas y las realidades de la vida. Tal debe ser su orientación y resultado, más indispensables entre nosotros, donde una "Extensión Universitaria", con amplitud de miras, supliría los deberes de la Universidad, daría lo que ésta niega, acogería lo que ella rechaza. Significaría la base y el comienzo de la futura alma docente.

Toda la educación moderna se recomienda e impone en los pueblos, en el sentido de un camino y una aspiración al conocimiento perfecto de la vida; la ciencia más preciada que se recoja ha de ser la que nos enseñe a temer y amar, respetar y sentir, trabajar y aprovechar la vida, luchar en ella y para ella, educarla y renovarla, purificando las intenciones, elevando los deseos, ensalzando el trabajo. Esta es la obra que ha de comenzarse en la escuela y ha de llegar a su realización última y perfecta en la Universidad. Por eso los grandes Centros Universitarios modernos aspiran a ser una reproducción exacta de la vida que debe ser creada en el mañana de las juventudes. Luis de Zulueta, refiriéndose a la escuela, consignaba en su folleto sobre *El maestro* las palabras siguientes, que tienen adecuado empleo en todos los grados de la educación: "...cuando hablo de no separar a la escuela de la vida, de unir la escuela a la vida, no quiero decir que la escuela haya de abrirse a todos los elementos, acaso inferiores, acaso nocivos de la realidad actual. Se puede pensar, por el contrario, en un tipo de educación heroico que prepare a los hombres, no para la vida de hoy, sino para la humanidad de mañana, convirtiéndolos en cierto modo en precursores y avanzadas de la Humanidad futura." Ampliando y completando esta obra interior, la Universidad ha de recoger los problemas de la vida, y ha de tratarlos, enjuiciándolos, y cuando cumple, censurándolos; ha de ayudar a la formación y engrandecimiento de la vida y las aspiraciones abriendo generosamente sus puertas a todas las inquietudes y recibiendo y alojando a todo aquel que llega con la noble aspiración del saber más o del pensar mejor.

Llenar estos deberes es atributo preciadísimo de la "Extensión Universitaria", de la que decía Nelson: "La atribuyo una importancia considerable como fuerza permanente que tiende a acomodar el contenido académico de la Universidad a las necesidades sociales del presente. Repetidas veces ha sido la extensión el órgano activo del progreso universitario. Por esa puerta han entrado a la Universidad estudios y preocupaciones que no se habían considerado dignas de figurar en el *currículum*."

¿Ofrece estas bellas perspectivas la "Extensión" de las Universidades españolas? ¿Encajan dignamente en este panorama esas conferencias que se celebran en los atardeceres fríos o lluviosos del invierno, y en las cuales se refugia el público a escuchar disertaciones estrictamente científicas, en cuyos temas se procura soslayar toda alusión a una cuestión de la realidad circundante? No hemos de negar el valor e interés de estas conferencias; pero estimamos que ellas no ayudan a reivindicar el nombre de la Universidad, purgándola de sus culpas cotidianas, y que pueden ser un aspecto, pero nunca el todo o la esencia de una verdadera empresa de "Extensión popular". A pesar de ellas, la Universidad sigue cerrada para los humildes o los desaharrados, y cerrada también para toda sugestión e inquietud de la vida. En un libro reciente encontramos un fecundo y aprovechable ejemplo en este sentido; su autor, y autor principal de la campaña que en él se refleja, es el doctor argentino Alfredo Luis Palacios, que desde el decanato de la Facultad de Derecho de la Universidad de la Plata ha ayudado tan eficazmente a la renovación de aquel centro, que hoy es una realidad admirable y una norma de conducta. Por ahora no hemos de insistir más, ya que del libro de Palacios y sus enseñanzas hemos de ocuparnos detenidamente.

Es indudable que para el feliz y completo desarrollo de la "Extensión" necesita la Universidad de medios, y entre ellos son más indispensables y preciados que los económicos, los morales: independencia, libertad de acción, respeto a su integridad y sus prestigios, y todo esto no lo usufructúa, por desgracia o por culpa, la Universidad española. Recientemente, y acudo al ejemplo, el gobernador civil de Valladolid acordó suspender por sí una conferencia de "Extensión", anunciada en la Universidad de Valladolid, a cargo del catedrático de Derecho político, porque consideró peligroso el tema que en ella había de explayarse: "Proyectos de reconstitución nacional: Caillaux, Alba, Calvo Sotelo." El vicerrector de la Universidad, en aquellos días en funciones de rector, acató la orden; pero velando por los fueros de la casa, protestó ante el gobernador y el ministro. Y este último se creyó en el deber de auxiliar a la Universidad, desautorizando al vicerrector y aprobando la conducta del gobernador. Hemos de hacer notar que por aquellos días el Gobierno, en una nota oficiosa, autorizaba la libre discusión de los proyectos financieros del señor Calvo Sotelo.

Este acuerdo da, para el futuro, una norma de prohibición y limitación a la Universidad y empuja aún más el campo de la "Extensión Universitaria", que ya no será el bello preludio de la nueva Universidad, sino un nuevo latido apagado de la vida universitaria actual, la contribución a su sueño pesado e insensible, el amodorramiento de su conciencia, donde no se vislumbran los horizontes, ni se siente palpar la vida y agitar las ideas y las pasiones, y donde la juventud pierde sus mejores años, agota sus energías, contagia sus aspiraciones y entusiasmos. En suma: una sana y prudente preparación al bien morir de los espíritus ciudadanos. Valladolid, marzo.

DATOS PARA LA RESOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

PRESUPUESTOS DE GASTOS DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DEL ESTADO RUSO EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS

1891	22.810.260 rublos.
1911	27.883.000 —
1916	195.624.000 —
1917	339.831.687 —
1918	2.914.082.124 —
1919 (primer semestre)	3.888.000.000 —

Véase, por estos datos, que inmediatamente después de apoderarse del poder el proletariado aumentó en un 900 por 100 el presupuesto de Instrucción pública.

En 1.º de septiembre de 1917 contaban en Rusia con 38.387 escuelas primarias. En el año escolar de 1917-18 se contaban 52.274, con 4.138.982 alumnos. En el año escolar 1918-19 había 62.238 escuelas primarias.

En cuanto a las de enseñanza secundaria, había 1.830 en el año escolar 1917-18 y 3.783 en 1918-19.

La instrucción pre-escolar casi no existía en el régimen zarista. El poder soviético la creó.

A NUESTROS SUSCRIPTORES DE PROVINCIAS

Habiéndose cumplido con el número anterior el primer trimestre de "El Estudiante", advertimos a nuestros suscriptores trimestrales de provincias la necesidad de que nos envíen por giro postal el importe de la renovación de su suscripción para continuar recibiendo la Revista.

APUNTES DE UN LECTOR

por BENJAMÍN JARNÉS

I

Avanza la guerrilla y toma una altura. Cuando cesa el tiroteo, comienza a tenderse la alambrada, a alzarse la tienda, a construirse el barracón. Arriba se iza la nueva bandera.

No es esto sólo. A la noche, se escucha en el parapeto la primera versión de la hazaña, y mientras el telégrafo transmite la historia, salta de risco en risco la leyenda. Nacen ambas a un tiempo. Escribimos *loma* como pudiéramos escribir *pueblo*. Pasado el torbellino marcial, sobre los mismos despojos y ruinas que arrastró la inundación, comienza a brotar una nueva flora. Primero son unos cardos rojos, unas amarillas aliagas.

"El tren blindado número 14-69" ha nacido en pleno alud. Por eso tiene el temblor de una epopeya niña. De un poema bárbaro, sincero, enjuto, cruel.

La ciencia elabora sus teoremas a espaldas de la vida apasionada. Aunque golpee el ariete los muros o vibre el avión sobre las cúpulas, el sabio sigue meditando. No oye nada. El poeta, sí. El poeta asiste a la lucha. Quizá perderá en ella un brazo o un ojo o el mismo corazón. No importa. La inquietud es su habitual clima, como es la serenidad la temperatura del sabio. El poeta se sienta a escribir en medio del vivac.

Y a una infancia nueva corresponden nuevos balbuceos, nuevas canciones de cuna. Rusia escucha hoy su nuevo cantar de gesta, lee sus primeros nuevos libros heroicos. Pero el mundo es ya muy viejo, y el cantar y la novela han madurado apenas florecidos. "El tren blindado", novela *primitiva* de esta edad de Rusia, es ya un libro refinado, a pesar de su acre, de su lozana juventud.

II

Es bueno escribir aladamente, engarzar imágenes en una red de hilos de araña. Pero es mejor escribir de tal modo que el golpe más rudo no pueda quebrantar la frase. Aunque el periodo se desparrame, cada una seguirá siendo barra de oro o de hierro, emoción pura o pensamiento puro, o firme enlace de ambos.

Al penetrar en "El tren blindado", advertimos cierta incoherencia. Ya nos lo avisaba el discreto prologo. El lector entra en el libro como en una ciudad fabulosa. Caras y paisajes le son desconocidos, quizá hostiles. Pero es preciso seguir andando, atendiendo, orientándose. Luego, nos sorprenderá el guiño de la belleza y todo está ya conseguido. Él será la llamada de Damasco que iluminará el resto. En "El tren blindado" acuden a cada paso esos bellos ademanes. Durante la lectura fuimos anotando algunos:

"El mar se apoyaba, cansado, en el granito".

"Reía a carcajadas. Sus largos brazos, como si quisieran coger la risa, saltaban ávidos en el aire".

"Pasaba un maestro aseado como una pluma sin estrenar".

"Sobre los cañones, sangre seca, parecía a seda vieja color de vino tinto".

"Encogió el vientre, y sus costillas se acusaron debajo de la camisa, como mimbres bajo el fango seco".

"Es para que se mueva la gente. En reposo se pone mohosa".

Hay muchas más en el cuaderno.

III

No se espante el timorato lector, si por fortuna se entró por sus dominios este "tren". No le arrasará nada. El arte lo recibe ya todo arrasado, para hacerlo florecer de nuevo. Es rosa, no explosivo. Cuando el arte hace estallar bombas es porque no supo encender estrellas.

El arte puede enardecer, pero nunca envenenar. Una bella canción que brinca por las trincheras, nunca emponzoña a los soldados: los exalta. No crea opiniones, sino temperaturas.

Esta no es canción de alegría sino de profunda tristeza. No se asiste a una autopsia cantando un cuplé, y "El tren blindado número 14-69" es la autopsia cruda, espléndida de una sublevación, con su cortejo de magníficos, de bellos horrores. Bellos, porque la belleza es el común denominador de todas las anécdotas que el arte pide prestadas a la historia, para elevarlas al nivel de un poema.

Tampoco piense el timorato que este "tren" arrastra un cargamento de croquis para un frenético *avance*. Ni choquis, ni pautas. Al terminar la lectura, nos deja el libro una vibración más ruda en el pulso. Nos hemos despedido de unas almas de otro clima a quienes acaso no podemos comprender. Eso es todo.

Ni pidáis al libro una palabra de esperanza en una futura "paz social", como suele ser llamada.

—¿Vivirán bien los hombres después de nosotros? —pregunta un personaje—. Y otro contesta:

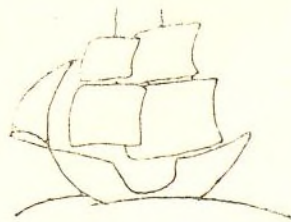
—Eso les toca a ellos.

IV

"El tren blindado número 14-69" corre por un paisaje hecho a medida. Se conoce al mal novelista en que "sus ambientes" —como él los llama—, son comprados en un bazar de ropas hechas. Por eso, a un héroe le estaría muy holgado, lo que a otro le oprime. El buen novelista no sabe pintar "fondos", sino contornos. En la buena novela, los árboles, los montes y las nubes, son otros tantos seres vivos enredados en la trama. Lo alejado del personaje vivo, es inútil en la novela. Puede servir para el teatro. Al menos para el teatro malo.

"Más allá de las piedras, hacia Oriente, como a una media venta, un pequeño matorral. Más allá de éste, el amarillo terraplén de la vía férrea, semejante a una tumba infinita sin cruces."

Poco tienen que hablar ya los personajes. Por eso el lector de todos los climas puede acercarse a esta novela, confiadamente. Si no comprendió bien el lenguaje de los hombres, la tierra le hablará el idioma más versal del más alto lirismo.



EL PAISAJE EN EL "MÍO CID" Y EN EL "CANTAR DE ROLAND"

Por FERNAN GÓMEZ

Frente a la vista, una inmensa sinfonía de color, una espléndida sensación de relieve. Dentro, abajo, prendido en la túnica de violento color, hay un insospechado perfume dulcísimo de luz suave, con rocío de alma. Palpitan con vida externa mágicas gamas musicales de color, intensos relieves de vida. Abre en este campo la flor trágica de la lucha... Palpita la vida real del siglo XII, modula, crece... Todo tiene una rara sinfonía violenta de color acero... Todo vive en un plano vertical... Todo disuelto en un extraño polvo rojo, de camino cubierto de sangre...

Mío Cid es un bronce plateado por la luna —luz de luna del alma—. Mío Cid tiene Castilla prendida en su alma —¡Castilla de tonos grises!—. Con él hay raras figuras de bajorrelieve griego en una pura sensación estática.

Roland es como un mármol frío, a veces con raros matices de color. Junto a él hay una lucha llena de un resol extraño, de un color sorprendente, que matiza al rojo... Todo —Mío Cid, Roland— vive una vida en el arte de ásperos tonos, de quietud de relieve fuerte, serena, estática...

Dentro, la luz modula en ellas una gran luz de alma, de paisaje abierto a la vida... Una luz que besa todas las cosas, musicalizándolas en acordes dulcísimos... Que desdibuja alargándolas infinitamente las figuras... Que cubre de suavidad las fuertes limitaciones espaciales... Que agranda distancias... Que convierte el color y el relieve estático en vida dinámica fuerte, palpitante... En la que hay suavísimos vertientes de paisajes.

El alba ha abierto su abanico de luz entre las páginas. Hay una delicada luz azulosa... Nada es materia... Todo es luz suave y vaga, vidrio delgado del aire... Canto rojo del gallo...

Aprieta cantan los gallos e quieren crebar albores.

Ya crieban los albores e vinie la mañana;
ixie el Sol, Dios que feroso apuntaba!

Hay un momento delicioso de plata en el "Mío Cid". ¡Alba! La luz apagada, de agua, se ha musicalizado en el poema... El alba ha palpitado en todas las cosas... un momento... (El día se asoma tímidamente en la cristalera del horizonte, el canto del gallo le raya un cristal.)

Con el alba, la luz. La luz del alba castellana, fría, sin tonalidades, ha puesto en el horizonte del "Mío Cid" fulgores de plata calenturienta. Hay en este momento una suavidad armónica, de tonos blancos azules, bajo el lago quieto de la estrofa alejandrina... ¡Crepúsculo! Una granada de fuego derramada sobre la tarde... Apasionamiento de matices en la tierra... Tonos rojos en los cielos, que luego serán verdes... y amarillos... y azules... Violetas, al fin... Todo es color... La luz desaparece en el amplio manto tornasolado...

"Bella es la tarde, risueño es el crepúsculo."
"Declina la tarde, la noche es sombría."

En la Canción ha nacido una gran flor de crepúsculo sobre el corazón gris acero de la guerra... Crepúsculo que tiembla y tiembla con una infinidad de matices —suspiros de color—, sin luz...

(En el poema de "Mío Cid" y en "El Cantar de Roland" hay dos símbolos: el alba y el crepúsculo.)

Naturaleza pura y naturaleza transformada.

Robledal. Sobre el tremendo jadear de las cumbres se levanta. (Sonríe el Sol.) Su amplio torso de ramas da una sensación de alejamiento etéreo. (Por entre ellas silba el viento poderoso de los montes castellanos.) Sus hondas raíces se clavan en la tierra; pero las ondulaciones gigantes de sus ramas gritan al cielo no sé qué ruego hermoso...

Robledo en "Mío Cid"...

Entraron los infantes en el robledo de Corpes;
los montes son altos, las ramas pujan con las nuevas
ellas bestias fieras que andan aderedor

...

En el "Mío Cid" ha entrado con la hermosura gigante del "robledo" la Naturaleza. La naturaleza del relieve fuerte... Pálida del color y de luz. Agreste... fuertemente viril.

En el "Cantar" se ha transformado esta sensación... El pino ha puesto la elegancia suave de su línea... el haya nos ha traído un eco desconocido misterioso de leyenda... La manzana —rubí y nieve— aparece... Las cumbres han dejado la pura sensación de relieve que le daban a nuestro juglar y se han revestido de un velo tornasolado de luz...

Una naturaleza, varia en matices; una naturaleza, quizás menos viril, pero no por eso menos bella, recorta el triunfo de su color y los temblores de su luz sobre el fondo oro azul con tranquilidad solar de la "Canción"...

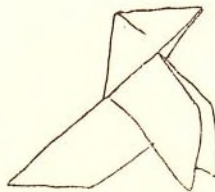
Luz, color.

Poema del "Mío Cid", "Cantar de Roland".

Castilla gentil, de luz blanca y naturaleza pura y fuerte. Mediodía de Francia, con sus apasionamientos violentos de color.

Luz, color. Castilla, la dulce Francia, vienen a nosotros con dulzura de luz de alma y armonía de color, de verso.

Granada, abril.



AGASAJO A BAGARIA

Noches pasadas se reunió la redacción de EL ESTUDIANTE para obsequiar con una cena íntima a Luis Bagaría por el éxito de sus conferencias en Málaga y Granada. Asistieron también algunos de los jóvenes colaboradores de la Revista, como Federico García Lorca, Guillermo de Torre, Jaime Ibarra y Pérez Ferrero.

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

TIRANO BANDERAS

LIBRO SEXTO

FINAL DE LA FARRA

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

(Continuación.)

I

¡Fué como truco de melodrama! El Coronelito, en el instante de pisar la calle, ha visto los fusiles de una patrulla, por el Arquillo de las Portuguesas. El Mayor del Valle viene a prenderle. El peligro le da su alerta violento en el pecho. Pronto y advertido se aplasta en tierra y a gatas cruza la calle. Por la puerta que entreabre un indio medio desnudo, lleno el pecho de escapularios, ya se mete. Veguillas le sigue arrastrado en un círculo de fatalidades absurdas: El Coronelito, acarrerado escalera arriba, se curva como el jinete sobre la montura. Nachito, que hocica sobre los escalones, recibe en la frente el resplandor de las espuelas. Bajo la claraboya del sotabanco, en la primera puerta, está pulsando el Coronelito. Abre una mucama que tiene la escoba: En un traspies, espantada y aspada, ve a los dos fugitivos meterse por el corredor. Prorrumpe en gritos, pero las luces de un puñal que ciega los ojos, la lengua le enfiñenan. Al final del corredor está la recámara de un estudiante.—El joven, el pálido de lecturas, que medita sobre los libros abiertos, de codos en la mesa.—Humeca la lámpara. La ventana está abierta sobre la última estrella. El Coronelito, al entrar, pregunta y señala:

—¿A dónde cae?

El estudiante vuelve a la ventana su perfil pálido de sorpresa dramática. El Coronelito, sin esperar otra respuesta, salta sobre el alféizar, y grita con humor travieso:

—¡Andele, pendejo!

Nachito se consterna:

—¡Su madre!

—¡Jip!

El Coronelito, con una brama, echa el cuerpo fuera. Va por el aire. Cae en un tejadillo. Quiebra muchas tejas. Escapa gateando. Desaparece. A Nachito que asoma timorato la alcuza llorona, se le arruga completamente la cara:

—¡Hay que ser gato!

II

El estudiante, entre sus libros, tras de la mesa, pálido, despeinado, insome, mira atónito. A Nachito tiene delante, abierta la boca y las manos en las orejas:

—¡Me he suicidado!

El estudiante cada vez parece más muerto:

—¿Usted es un fugado de Santa Mónica?

Nachito se frota los ojos:

—Viene a ser como un viceversa... Yo, amigo, de nadie escapo. Aquí me estoy. Míreme usted, amigo. Yo no escapo... Escapa el culpado. No soy más que un acompañante... Si me pregunta usted por qué tengo entrado aquí, me será difícil responderle. ¿Acaso sé dónde me encuentro? Subí por impulso ciego, en el arrebatado de ese otro que usted ha visto. Mi palabra le doy. Un caso que yo mismo no comprendo. ¡Biomagnetismo!

El estudiante le mira perplejo sin descifrar el enredo de pesadilla donde fulgura el rostro de aquel que escapó por la lívida ventana, abierta toda la noche con la perseverancia de las cosas inertes, en espera de que se cumpla aquella contingencia de melodrama. Nachito solloza efusivo y cobarde:

—Aquí estoy, noble joven. Solamente pido para serenarme, un trago de agua. Todo esto es un sueño.

En este registro, se le atora el gallo. Llega del corredor estrépito de voces y armas. Empuñando el revólver, cubre la puerta la figura del Mayor Abilio del Valle. Detrás, soldados con fusiles:

—¡Manos arriba!

III

Por otra puerta entró una gigantona descalza, en enaguas y pañoleta. La greña aleonada, y ojos y cejas de tan intensos negros que, con ser muy morena la cara, parecían en ella tiz-

nes y lumbres. Era una poderosa figura de vieja bíblica: Sus brazos de acusados tendones, tenían un pathos barroco y estatuario. Doña Rosita Pintado entró en una ráfaga de voces airadas, gesto y ademán en trastorno:

—¿Qué buscan en mi casa? ¿Es que piensan llevarse al chamaco? ¿Quién lo manda? ¡Me llevan a mí! ¿Estas son leyes?

Habló el Mayor del Valle:

—No me vea chuela, doña Rosita. El retoño tiene que venirse mérito a prestar declaración. Yo le garanto que cumplida esa diligencia, como se halle sin culpa, acá vuelve el muchacho. No tema ninguna ojeriza. Esto lo dimanan las circunstancias. El muchacho vuelve, si está sin culpa, yo se lo garanto.

Miró a su madre el mozalbete y, un poco pálido, con arisco ceño y le recomendó silencio. La gigantona estremecida corrió para abrazarle, en desolado ademán los brazos. Con bulla nada se alcanza.

La arrestó el hijo con gesto firme:

—Mi vieja, cálese y no la friegue.

Clamó la madre:

—¡Tú me matas, negro de Guinea!

—¡Nada malo puede venirme!

La gigantona se debatió, asombrada en un obscuridad de dudas y alarmas:

—¡Mayorcito del Valle, dígame usted lo que pasa!

Interrumpió el mozuelo:

—Uno que entró perseguido, y se fugó por la ventana.

—¿Tú que le has dicho?

—Ni tiempo tuve de verle la cara.

Intervino el Mayor del Valle:

—Con hacer esta declaración donde corresponde, todo queda terminado.

Plegó los brazos la gigantona:

—¿Y el que se escapaba, se sabe quién era?

Nachito sacó la voz entre nieblas alcohólicas:

—¡El Coronel de la Gándara!

Nachito, luciente de lágrimas, encogido, entre dos soldados, resoplaba con la alcuza llorona, pingando la moca. Aturdida, en desconcierto, le miró Doña Rosita:

—¡Valedor! ¿También usted llora?

—¡Me he suicidado!

IV

Despeinadas y ojerosas estaban tras de la reja las pupilas de Taracena. Por la Costanilla, entre una escolta de fusiles, bajaban los dos prisioneros: Sombras taciturnas entre la gris retícula de las bayonetas. El sacristán de las monjas sacaba la cabeza por el hueco del esquilon. Tocaban diana las cornetas de fuertes y cuarteles. Tenía el mar caminos de sol. Los indios, caminantes nocturnos, entraban en la ciudad guiando recuas de llamas cargadas de mercadería y frutos de los ranchos serranos. El bravío del ganado recalentaba la neblina del alba. Despertábase el Puerto con un son ambulatorio de esquilas, y la patrulla de fusiles desaparecía con los dos prisioneros, por el Arquillo de las Portuguesas. En el Congal, la madrota daba voces ordenando que las pupilas se recogiesen a la perrera del sotabanco, y el coime, con una flor en el pelo, trajinaba remudando la ropa de las camas del trato. Lupita la Romántica, en camisa rosa, rezaba ante el retablo de luces en la Recámara Verde. Murmuró el coime con un alfiler en los labios, al mismo tiempo que estudiaba los recogidos de la colcha:

—¡Aún no se me fué el sobresalto!

V

El Alcaide de Santa Mónica acogió a los prisioneros, sin otro trámite que el parte verbal depuesto por un sargento, y enviado desde la cantina por el Mayor del Valle. Al cruzar la poterna, los dos prisioneros alzaron la cabeza para hundir

una larga mirada en el azul remoto y luminoso del cielo. El Fuerte de Santa Mónica, que en las luchas revolucionarias sirvió tantas veces como prisión de reos políticos, tenía una pavorosa leyenda de aguas emponzoñadas, mazmorras con reptiles, cadenas, garfios y cepos de tormento. Estas fábulas, que databan de la dominación española, habían ganado mucho valimiento en la tiranía del General Santos Banderas. Todas las tardes en el foso del baluarte, cuando las cornetas tocaban fagina, era pasada por las armas alguna cuerda de revolucionarios. Se fusilaba sin otro proceso que una orden secreta del Tirano. El Alcaide de Santa Mónica, Coronel Irineo Castañón, aparece en las relaciones de aquel tiempo como uno de los más crueles sicarios de la Tiranía. Era un viejo sanguinario y potroso que fumaba en cachimba, y arrasaba una pata de palo. Con la bragueta desabrochada, jocoso y cruel, dió entrada a los dos prisioneros:

—¡Me felicito de recibir a una gente tan seleccionada!

Nachito acogió el sarcasmo con falsa risa de dientes y quiso explicarse:

—Se padece una ofuscación, mi Coronelito.

El Coronel Irineo Castañón, veterano de las guerras con los indios comaltes, vaciaba la cachimba golpeando sobre la pata de palo:

—A mí en eso ninguna cosa me va. Los procesos, si hay lugar, los instruye el Licenciadito Carballeda. Ahora, como aún se trata de una simple detención, van a tener por suyo todo el recinto murado.

Agradeció Nachito con otra sonrisa complimentera y acabó moqueando:

—¡Es un puro sonambulismo este fregado!

VI

El Alcaide volvía a llenar la cachimba. El cabo de vara, en el sombrizo de la puerta, hacía sonar la pretina de sus llaves: Era mulato y escueto, con un automatismo de fantoche. Se cubría con un chafado kepis francés: Llevaba pantalones colorados de uniforme, y guayabera rabona muy sudada. Los zapatos de charol, viejos y tilingos, traía picados en los juanetes. El Alcaide le advirtió jovial:

—Don Trini, a estos dos flautistas, vea de suministrarles boleto de preferencia.

—No habrá queja. Si vienen provisorios se les dará luneta de murallas.

Don Trini, cumplida la fórmula del cacheo, condujo a los presos por un bovedizo con fusiles en armario: Al final, abrió una reja y los soltó entre murallas:

—Pueden pasearse a su gusto.

Nachito, siempre complimentero y servil, rasgó la boca:

—¡Muchísimas gracias, Don Trini!

Don Trini, con absoluta indiferencia, batió la reja, haciendo rechinar cerrojos y llaves: Gritó alejándose:

—Hay cantina, si algo desean y quieren pagarlo.

VII

Nachito, suspirando, leía en el muro los grafitos carcelarios decorados con fálicos trofeos. Tras de Nachito, el taciturno estudiante liaba el cigarro. Tenía en los ojos una chispa burlona, y en la boca prieta, color de moras, un rictus de compasión altanera. Esparcidos y solitarios paseaban algunos presos. Se oía el hervidero de las olas, como si estuviesen socavando el cimiento. Las ortigas lozaneaban en los rincones sombríos, y en la azul transparencia aleteaba una bandada de zopilotes, pájaros negros. Nachito, finchándose en el pando compás de las zancas, miró con reproche al estudiante:

—Ese mutismo es impropio para dar ánimos al compañero, y hasta puede ser una falta de generosidad. ¿Cómo es su gracia, amigo?

—Marco Aurelio.

—¡Marquito, qué será de nosotros!

—¡Pues y quién sabe!

—¡Esto impone! ¡Se oye el farollón de las olas!... Parece que estamos en un barco.

VIII

El Fuerte de Santa Mónica, castillote teatral con defensas del tiempo de los virreyes, erguía sobre los arrecifes de la costa, frente al vasto mar ecuatorial, caliginoso, el de ciclones y calmas. En la barbacana, algunos morteros antiguos, roídos de lepra por el salitre, se alineaban moteados con las

camisas de los presos tendidas a secar: Remoto, un viejo, sentado sobre el cantil frente al mar inmenso, ponía remiendos a la frazada de su camastro. En el más erguido baluarte cazaba lagartijas un gato, y pelotones de soldados hacían ejercicios en Punta Serpiente.

FIN DEL LIBRO SEXTO

Juguete y velero

I

Yo tenía una pena

y ya no me acuerdo

si la dejé por el camino de mi vida,
cerca o lejos.

Yo tenía una pena;

tan sólo recuerdo

que la tenía

—mi juguete—

dentro.

En mis horas a solas solía

jugar con mi pena,

y a la noche soñaba que nadie

tenía una pena tan buena.

Yo tenía mi pena guardada

en un cofre pintado color de azucena.

Yo tenía mi pena; temía

que me la quitaran las gentes al verla.

Yo tenía —¡este hueco!— una pena

y ya no recuerdo donde la he perdido.

Pero, la recuerdo,

juguete,

tal y cómo era:

ferrocarril de lata de mis ocios

con el humo de plomo pegado a la chimenea.

II

Cinematógrafo de verano,

vela de barco de fantasía

que navegas por las noches

al viento de todos los paisajes.

Desde la orilla del jardín

se adentran mis ojos por tu mar

sin temor por el naufragio,

sin alegría por arribar,

sólo con ansias de navegar

sin destino, barco costero,

espejo de todas mis playas

y de esa luna de tela

que ahora enciendes en tu mástil

sobre la estampa dormida,

para alumbrarte en la ruta

de mis noches de verano.

CLAUDIO DE LA TORRE.

LOS MEJORES ARTICULOS PARA DIBUJO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

España y sus ciudades

Palencia, la abierta

A Luis Bagaría

Buscamos amparo en la palabra del maestro Unamuno, porque al hacerlo así, sobre exponer la frescura y perennidad de su recuerdo, expresamos uno de los aspectos más significativos de Palencia: su admiración por el autor "Del sentimiento trágico de la vida". La ciudad que el fecundo perturbador llamó Palencia la Abierta, no olvida su paso; en cuantos momentos es oportuno, exterioriza su adhesión, y en todos los ciudadanos al hablar de él, su nombre se pronuncia con todo el calor y la multiplicidad de tonos a los que lleva el más hondo y alentador respeto. Y escritas las anteriores líneas, la más importante silueta del ambiente cultural de Palencia, se ha hecho; a esto voy a añadir brevemente, sin propósito de hacer una información extensa y profunda, sino un breve y superficial resumen, algunos detalles que llevarán el conocimiento de ella a quienes no han tenido ocasión de sentir sus peculiares palpitaciones.

Señalemos en el campo que nos proponemos andar, un sendero, que nos lleve sin dilaciones, con el menor esfuerzo, al lugar que nos interesa. Definamos el espíritu de Palencia la Abierta, glosando someramente la fundación y desarrollo de su Ateneo.

Casi dos años lleva disfrutando de una vida próspera y entusiástica. Fue el fruto de un entusiasmo juvenil, que no soy indicado a juzgar. Emilio Díaz Caneja, Eugenio del Olmo, Matías Peñalba, Ramiro Alvarez, Fernando de Unamuno, César Gusano y otros hombres de inteligencia aguda y liberal criterio, fueron los encargados de encauzar el deseo de la opinión; la aspiración que no era otra que dotar a la ciudad del organismo cultural que necesitaba. Se tropezó con los inevitables obstáculos que, con su derrota y en su misma debilidad e impotencia, reflejaban el impetuoso brío de las fuerzas de choque; y comenzaron a desfilarse sin pérdida de tiempo los ilustres conferenciantes: Gregorio Marañón, César Madariaga, Juan Díaz Caneja, Federico Santander, Ramón Pérez de Ayala, Isidoro de la Villa, Eduardo Ibarra, Ramón del Valle Inclán, Angel Ossorio y Gallardo, Narciso Alonso Cortés, y otros muchos que siento no recordar ahora. Abrió Exposiciones tan interesantes como la de Manuel Méndez, osé Beilver y Delmás y Fausto Ramírez Mercado; organizó un curso sobre Electrotecnia Práctica, de una gran eficacia cultural, a cargo de Eugenio del Olmo Salinas y finalmente orientó, fiscalizó y removió el ambiente; y la cosecha de todos estos afanes y labores ha sido en extremo fructífera.

A su pasado pletórico de realizaciones, se acompaña en la actualidad una larga serie de proyectos; invitados por su Junta de Gobierno, han ofrecido ocupar en breve su tribuna, el formidable caricaturista, gran historiador de nuestra época, Luis Bagaría; el profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Valladolid Camilo Barcia Trelles; el orador elocuente Marcelino Domingo y otros pensadores de bien robusta inteligencia.

Inquietud. Esta es la cualidad predominante de Palencia la Abierta. Expresarla es el mejor elogio y para convencer más, no tenemos sino aumentar a este detalle, que una ciudad que admira tan profunda, consciente e intensamente a un espíritu vigilante, denso y recto como el de Unamuno; y un ambiente donde adquiere tanta vida independiente y libre el

Ateneo, es digna de que a ella se llegue, ágil el pensamiento y la atención despierta, buscando una serena y sugeridora emoción.

TEÓFILO ORTEGA.

El problema de las relaciones económicas internacionales

Numerosos indicios hacen presentir que en los años próximos el interés de la política internacional pasará del punto de vista político, donde ahora se encuentra, al punto de vista económico. Quizás fuera más exacto decir que la discusión versará sobre problemas que desde hace mucho tiempo fueron reconocidos como de una importancia decisiva, por los iniciados y por cierta escuela de pensadores, pero que hasta ahora fueron separados por numerosos hombres de Estado, por ser demasiado delicados para discutirlos públicamente. De todas maneras, es de importancia que los estudiantes de política internacional se encuentren preparados para tomar parte en el debate que se prepara.

¿Qué es el problema de las relaciones económicas internacionales? Puede ser definido muy sencillamente, sin entrar en el dominio de las filosofías, que ya se han ocupado de este problema.

El problema de las relaciones económicas internacionales es simplemente el problema motivado por el hecho de que la organización económica de la humanidad ha sobrepasado su organización política.

La organización económica del mundo es el mecanismo que surte a la humanidad de mercancías y de servicios.

Esta organización, que se ha desarrollado desde hace ciento cincuenta años, y más especialmente desde hace cincuenta, es actualmente, en una gran parte, internacional. El mundo es, económicamente, interdependiente. Los habitantes de la zona templada no pueden vivir sin los productos de la zona tropical, y los habitantes de los trópicos cada vez necesitan más las mercancías y servicios que provienen de otras regiones.

Durante este tiempo, por el contrario, la organización política de la humanidad, la que nos da la Justicia, la Libertad, la Paz y los otros frutos de la vida cívica, ha permanecido relativamente estacionaria.

Es verdad que desde hace ciento cincuenta años, es decir, a partir de 1776 y 1789, ha variado profundamente su forma; pero en cuanto a la escala de la organización política, ha sido recientemente, y en una débil medida, cuando le han afectado esos cambios.

Durante el siglo XIX ha habido (excepción hecha de la América latina y de los Balkanes) una tendencia a la ampliación de la unidad de la soberanía política, la que ha sido vivamente contradicha por los tratados de paz, y que lo será seguramente más todavía, por el desarrollo de los movimientos nacionalistas, más allá de las fronteras de Europa.

La situación es la siguiente: el mundo moderno, que es económicamente interdependiente, se ha creado una organización financiera, comercial e industrial, que responde a las necesidades generalmente reconocidas en este dominio; pero hasta hoy, apenas ha reconocido su interdependencia política, y no ha hecho nada por desarrollar una organización adecuada, capaz de atender a las necesidades que surgen en este dominio.

A primera vista, este análisis parecería indicar que la labor que se impone a la generación presente es, ante todo, de carácter político, y debería consistir en elevar la organización política de la humanidad al nivel de su organización económica.

Pero ésta sería una conclusión superficial, que haría abstracción de las últimas relaciones entre las dos esferas. Nuestro problema es más complejo. Veremos mejor su naturaleza si, olvidando un instante la escala de la cuestión, pasamos al examen de las organizaciones consagradas a uno y otro de estos dos aspectos.

La organización política es hoy la organización pública. Es dirigida por agentes responsables. Estos agentes, de los cuales los pueblos esperan la Justicia, la Libertad y otras

riquezas políticas, son responsables, en la mayor parte de los casos, ante los pueblos democráticos, bajo cuyo control se encuentran, y en casi todos los demás casos, frente a una autoridad pública cualquiera que ejerce un control determinado por una ley o por un reglamento fijado.

La provisión de riquezas políticas es un servicio público ejercido conforme a reglas reconocidas.

Estudiantes y pensadores de las ciencias políticas han discutido durante varios siglos sobre el problema de estas reglas. En una palabra, el poder político es un poder público.

De naturaleza muy diferente es la organización que satisface las necesidades económicas de la humanidad. Hoy mismo, esta organización se encuentra en el mismo lugar en que se encontraba la organización política antes que los griegos y romanos hubiesen fundado en Europa la ciencia y el arte de la política: una organización privada, ejercitada por agentes irresponsables, con fines privados.

Diciendo esto, no pretendo, ni criticar los banqueros, comerciantes e industriales de hoy, ni compararlos a los tiranos irresponsables de la historia primitiva, ni menos afirmar que la acción económica se presta a reglamentos profesionales o a un control público, tan fácilmente como la acción política.

Sin duda alguna, el problema de dar a la organización económica moderna una dignidad y un estado de responsabilidad correspondiente al servicio que rinde en la vida moderna, es extraordinariamente difícil y complejo. Sobre lo que yo deseo insistir —y es el punto capital— es en que hoy día, *mientras el poder político es el poder público, el poder económico es un poder privado.*

Por consiguiente, puesto que el poder político, hasta el presente, se encuentra organizado menos efectivamente que el poder económico, se deduce que *el poder privado es actualmente, en ciertos dominios, más poderoso que el poder público.*

He aquí el problema. Y es evidentemente un problema urgente. Pues aquellos que hoy exigen cuentas a los que ejercen el poder no aceptarán probablemente esta situación. No hay más que dos posibilidades. La primera, es la revolución. Esta podrá, sin duda, determinar el control público del poder económico; pero también tenderá a desorganizar, e incluso a destruir, la interdependencia económica, que se ha hecho indispensable a nuestra vida normal.

La segunda consistiría en realizar reformas que someterían al poder público el poder privado.

Esto implica un doble problema: el desarrollo de las instituciones políticas que corresponden a la interdependencia política de la Humanidad y el ajustamiento de las relaciones entre estas instituciones políticas y las actividades económicas del mundo.

Se trata, por otra parte, de dar a la organización económica misma un carácter de responsabilidad profesional que la permita colocarse en el cuadro de la sociedad moderna, con el mismo título que otras profesiones liberales, medicina o derecho, que rinden a la comunidad servicios de indudable valor.

La introducción de algunos ejemplos tomados de la historia reciente no harán más complejo este análisis.

El lector es capaz de citar ejemplos muy señalados, tomados de su propio país, de casos en que el poder privado supera al poder público. No diré tampoco las diversas direcciones que toman los tres procesos que he descrito como necesarios. Basta saber que la Sociedad de las Naciones es una necesidad para dar a la Humanidad una organización política internacional: que ciertos organismos suyos, como la Oficina Internacional del Trabajo, con su conferencia anual; los Comités económico y financiero, la organización del tránsito, etc., aseguran un control internacional público sobre la actividad económica, y que la Cámara de Comercio Internacional y otras organizaciones análogas en el campo del cambio internacional elaboran reglas y "standards" dentro de la misma profesión.

Pero todos los que han estudiado estos problemas en la práctica coincidirán en que en su forma actual estas actividades están lejos de alcanzar la obra gigantesca que queda por realizar y que la mayor parte de la obra no solamente no ha sido todavía realizada, sino que apenas ha sido esbozada.

Durante más de un siglo ha habido controversias, más o menos estériles, que han servido para oponer los defensores y los detractores del "sistema capitalista"; pero hasta después de la guerra mundial esta controversia no ha terminado, y hasta entonces no nacen las ideas de reforma más realistas y fundadas sobre una apreciación más justa de los servicios que rinde este sistema. Y me limito a citar las reformas constitucionales realizadas o proyectadas en Alemania, en Francia, en

Italia —sin hablar de Rusia—; los acuerdos realizados entre el Estado y las Asociaciones de productores y financieros en los Estados Unidos, y menos formalmente en Inglaterra; en otro dominio, los proyectos, tan favorablemente mirados en los círculos competentes, de control internacional en lo que concierne a la conservación de las fuentes naturales del mundo (proyecto del presidente Roosevelt, en 1909), la exportación de materias primas, la emisión de empréstitos para los países cuya hacienda se encuentre en mal estado, la política de la puerta abierta etc...

Así se da uno cuenta de que queda abierto un ancho campo al estudio y a la discusión, tan amplio, que se peligra de quedar sumergido por el detalle, a menos de no perder de vista el problema esencial: las relaciones de poder público y del poder privado.

ALFRED ZIMMERN

Presidente de honor de la "Federation Universitaire Internationale pour la Societé des Nations". Profesor de la Universidad de Oxford.

El tren blindado n. 14-69

Por VSEVOLOD IVANOV

Fragmento (I).

LA VÍA FÉRREA

Parecía que no podía encontrar calzado para sus pies, y por eso corría descalzo. Las plantas de sus pies eran enormes, como skis, y el cuerpo, como el de una oveja, pequeño y débil.

Corría presuroso con su cara de zorro, y gritaba mirando a sus pies, como si llamase a los polluelos.

—Vienen, esperar.

Y cerrando los ojos, no se sabe por qué, preguntaba a los destacamentos que desfilaban:

—¿Cuántos hombres?

Abriendo los ojos gritaba, arrogante, a Verschimis, que estaba en la colina:

—¡Son los Arichatmsky, Nikita Egorich!

Al pie de la montaña clareaba el bosque, y en la arena florecían las piedras desnudas.

Más allá de las piedras, hacia Oriente, como a una media verota, un pequeño matorral; más allá de éste, el amarillo terraplén de la vía férrea, semejante a una tumba infinita sin cruces.

—¡Mutievka, Nikita Egorich! —gritaba el de la cara de zorro.

Verschunis, sombrío, estaba en medio de unas amarillentas hierbas agostadas. Tenía la cara brutal, la barba enmarañada, la mirada apagada por las largas marchas, y los brazos cansados. Pentefly Znovov, acostumbrado a estar entre máquinas, se sentía contento y tranquilo al lado de Verschunis. Znovov dijo:

—Viene mucha gente.

Y alargó la mano como si cogiera la palanca de una máquina dispuesta para el trabajo.

—¡Anisimosvsky! ¡Gosnovky!

Volka Okorok, de cabeza roja, montado en un caballo de pelo dorado y patas cortas, se acercó a la colina y cosquilleando con las botas en el cuello del caballo, voceó:

—¡Nienen! ¡Cinco mil habrá!

(I) De la novela traducida directamente del ruso por Tattiana Enco de Valero, que acaba de publicar la *Revista de Occidente*.

—Más —objetó, convencido el de cara de zorro—. Si supiese leer te haría aquí toda la lista... ¡Millón!

Y gritó con frenesí a los que pasaban:

—¿De qué cantón?

Los pequeños caballos mongoles y los hombres llevaban atados largos sacos de campesino con pan seco. En los crines de caballos y hombres asomaban hierbas agostadas, y las voces eran lentas, pero ásperas, como las de las aves de paso otoñales.

—¿Empezar, eh? —gritó el de la cara de zorro—. Están esperando...

Todos sabían que la ciudad se había sublevado y el tren blindado número 14-16 iba para ayudar a los blancos. De no detenerlo, la sublevación sería aplastada por los japoneses. Y, sin embargo, era menester reunirse y que uno dijera y todos aprobaran: ¡Ir!

—El japonés no quiere hacer más guerra —agregó Verschinin, bajando de la colina.

Sin-Vin-U subió a su vez, y durante un buen rato, como si soltase de la boca una abigarrada cinta de papel, susurrando de un modo incomprensible, explicó por qué era necesario detener hoy al tren blindado.

Entre los árboles otoñales, pintados de oro y cobre rojo, se tendió el sucio lienzo de los cuerpos de los campesinos.

El lienzo zumbaba. Y no se podía saber si zumbaba de alegría o de enfado al escuchar las palabras de los hombrecitos que hablaban desde el carro.

—A votar pronto, ¿eh? —excitó el gordo secretario del Estado Mayor.

Verschinin contestó:

—Espera, aun no han gritado.

Un viejo de barbas verdes, de ojos descoloridos e inflamados, ajustándose la camisa sobre el vientre, como si fuera a adorarlo, decía con voz silbante de frenesí a Verschinin:

—¿Y adónde vas tú dejando a Dios? ¿Eh?

—¡Persignate, abuelo!

—Vos contra el Señor. ¡Lo sé! San Nicolás ha hecho su aparición; dice que no habrá más pescado en el mar. No dará. ¿Y por qué estás amotinando a la gente?

—Yo tengo que hacer la cabaña y tú te has llevado a todos mis jornaleros.

—¡El japonés te quemará la cabaña!

—Conozco al japonés —musitaba el viejo de prisa, mojan-do la barba con saliva—. El japonés quiere que nos convirtamos a su religión. Pues la gente es como un tronco, no lo comprende. Y nosotros, para no caer en la miseria, ¡debíamos consentir, qué diablo! A hurtadillas se podía... A nuestro Dios... San Nicolás no perdonará al suyo, pero al japonés se le puede engañar...

El viejo sacudió la cabeza como si estuviera rompiendo un muro oscuro, y se veía que las palabras que decía las había parido a duras penas; pero Verschinin no las necesitaba.

Y el viejo, vertiendo por entre los débiles labios, como se vierte el líquido a través de un cubo roto, volvía a murmurar lo suyo:

—¡Vete! —dijo Verschinin con aspereza. ¿A qué vienes aquí con tus dioses? ¡Figúrate!... Que haya vida, a los dioses ya los inventaron...

—¡No blasfemes, Herodes, no blasfemes!...

Okorok dijo con rabia:

—¡Ekovich, dale a ese canalla en el hocico! ¡Provocadores malditos!

Subiendo de un salto en el carro Okorok gritó, arrastrando las palabras:

—Entonces, ¿qué, compañeros?... ¿Votáis o no?...

—¡A votar! —contestó tímidamente uno de la muchedumbre.

Los campesinos se alborotaron.

—¡Anda!

—¿Para qué pensar más?

—¡Anda, Voska!

Después de haber votado y decidido atacar al tren blindado, se oyó a lo lejos, por encima del bosque, un sordo retumbar, parecido a la caída de una roca al precipicio.

El humo, como un enorme y copetudo abanico, salió proyectado hacia el cielo.

El gordo secretario se puso la gorra y anunció a los campesinos:

—El Estado Mayor lo había decidido; los nuestros han volado el puente sobre la Mukleukas. El tren no podría llegar a la ciudad. Los nuestros habían perecido; tal vez cinco...

Los campesinos se quitaron las gorras, se santiguaron por el descanso de las almas.

Fueron a través del bosque, hacia el terraplén de la vía, para atrincherarse.

Verschinin fué por el matorral hacia el terraplén, subió, y colocando sólidamente los pies, como si los hubiera cosido a la tierra, entre las traviesas, miró largo rato hacia la lejanía de las brillantes cintas de acero, hacia Occidente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Znobov.

Verschinin volvió la cara, y, bajando del terraplén, dijo:

—¿Vivirán bien los hombres después de nosotros?

—¿Y qué más?

—Nada más.

Znobov se acarició el bigote con los dedos y dijo satisfecho:

—Eso les toca a ellos.

SOBRE EL PRÓXIMO CONGRESO PANAMERICANO BOLIVARIANO

Una carta del doctor Palacios y una contestación de los estudiantes panameños.

AMERICA PARA LA HUMANIDAD

Habiendo recibido el doctor Alfredo L. Palacios una invitación especial del Gobierno de Panamá para asistir al Congreso Panamericano Bolivariano, ha declinado la invitación en una magnífica carta, de la que entresacamos los siguientes párrafos:

“Señor: Ha llegado a mis manos su nota de noviembre de 1925, invitándome cordialmente para que, como huésped especial de la Comisión organizadora y del Gobierno de Panamá, asista a los actos que se realizarán durante las sesiones del Congreso Panamericano, convocado para el 18 de junio de 1926, en esa ciudad.

Agradezco efusivamente el honor inmerecido que me disciernen el señor Presidente y el Gobierno de Panamá; pero lo declino en virtud de las razones que paso a exponer con la mayor franqueza, por creer que así correspondo a la gentileza de la invitación.

No puedo ser huésped del Gobierno de Panamá, que acaba de solicitar y obtener la fuerza armada de Estados Unidos para reprimir un movimiento popular, justificando así el imperialismo yanqui y convirtiendo a su país en una colonia. Expreso estas palabras sin el menor asomo de agravio y sólo impulsado por elevados sentimientos de libertad y dignidad americanas.

Repudio, por otra parte, el panamericanismo de los Congresos, como éste, convocado por el Gobierno de Panamá. Conceptúo el panamericanismo oficial como un simple disfraz del imperialismo.

Por razones económicas y biológicas, los Estados Unidos se sienten impulsados a crecer. Y crecen cada día más. Han comprado territorios o los han conquistado. Por conquista se apoderaron de Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California. En todo esto hay algo de “la idolatría de los kilómetros cuadrados” de que habla Novicov. Después de la guerra que la noble España sostuvo quijotesca, Estados Unidos se apropió de Puerto Rico y de Filipinas. Domina, por último, la zona del canal, donde he visto al yanqui armado, orgulloso y prepotente mirar con desdén a la joven

República de Panamá, que ojalá no concluya absorbida totalmente por el coloso.

Reconocemos las virtudes de la raza anglosajona, más no hasta el punto de renegar de nuestras propias cualidades porque sean diferentes de las suyas. Lo he dicho antes de ahora. Nosotros desconocemos aún nuestros valores, porque nuestro estado de pasiva receptividad solamente hace visibles los defectos que son la negación de nuestra verdadera personalidad. Sin embargo, a través de nuestra acción se ha definido ya nuestra ruta como opuesta a la de Estados Unidos. Mientras aquella nación adoptó como lema el de "América para los americanos", nosotros hemos optado por el de "América para la Humanidad". Hay aquí dos maneras contrapuestas y excluyentes de considerar la vida. Norteamérica ya se ha definido, desarrollando al extremo y perfeccionando la civilización materialista, mecanicista y cuantitativa de la vieja Europa. Nosotros, aún no hemos dicho nuestra palabra, porque llevamos latente un nuevo germen, que dará otra orientación a la cultura del mundo y aportará nuevos ideales a la especie. Tenemos que replegarnos sobre nosotros mismos, para escoger el camino que nos sea más adecuado. Creo que nada tenemos que hacer por hoy con América del Norte, sino defendernos de las garras de sus voraces capitalistas. Los que predicán un panamericanismo, que Norteamérica es la primera en despreciar, conspiran contra el porvenir de nuestra raza. Los Estados Unidos ya han cumplido su misión de incomparables dominadores de la materia. Nosotros debemos, ahora, emprender la nuestra, de intérpretes del espíritu.

Al agradecer al señor Presidente la gentileza de que he sido objeto, le ruego acepte las expresiones de mi respeto personal y me disculpe la franqueza de esta carta, inspirada en el afecto profundo que siento por el generoso y noble pueblo panameño.—*Alfredo L. Palacios.*"

* * *

Desde la Cárcel Modelo de Panamá, el estudiante Alberto L. Rodríguez, secretario de la Comisión Organizadora del Congreso Estudiantil Bolivariano, le ha dirigido al doctor Palacios, en vista de su noble actitud, una carta llena de interés, de la que transcribimos los siguientes párrafos:

"Cárcel Modelo de Panamá, febrero de 1926.—Doctor Alfredo L. Palacios.

Le dirijo estas líneas, plenas de sinceridad y de afectos, desde esta cárcel, en donde me encuentro en compañía de Diógenes de la Prosa, Carlos Sucie C. (éstos también, como yo, miembros de la Comisión Organizadora del Congreso Estudiantil Bolivariano), Manuel L. Rodríguez, Samuel Casís, Manuel V. Garrido C., Gabino Sierra Gutiérrez, Eugenio L. Cossani, Carmelo Conte, Eduardo Guevara, José Félix López, Santos Amador, Roberto González, Félix López, Cristóbal Barahona, Manuel Martínez y Juan Lombardi; todos detenidos por la voluntad de un Gobierno irresponsable e impopular, a causa de los sucesos del mes de octubre último y por delitos que todavía —después de cuatro meses— no se nos ha precisado.

Vivimos una hora americana y debemos vivirla "para la misión de América, antes que para nosotros mismos". Para que ello sea así, esto es, para que podamos afirmar que realmente los pueblos de la raza latina existen colectivamente, es preciso que todos sintamos la identidad de nuestra índole, la inexorable comunidad de toda nuestra América en ideales y destinos, forjando la nueva alma americana. Este ideal generoso nos impone el deber de "arrancar de América hasta el último rastro de despotismo, puesto que esta obra maravillosa no es labor de esclavos", sino de pueblos libres y fuertes.

Dondequiera que exista una tiranía, en cualquier forma o aspecto, hay necesidad de concurrir, por los medios posibles, a extirparla.

Con este pensamiento —el pensamiento que anima y alienta a la nueva generación latino-americana—, usted, con un valor civil y una honradez que, claro, no comprenden los espíritus estrechos y egoístas, ha rechazado la invitación que le hiciera, en nombre del Gobierno de Panamá, la Comisión bolivariana para asistir a todos los actos y festejos con los cuales se conmemorará el primer centenario del Congreso Panamericano, convocado en esta ciudad por Simón Bolívar; considerando que la "actitud del Gobierno de Panamá en los acontecimientos de octubre, al solicitar la intervención yanqui

para sofocar un movimiento popular, convertía a la República en una colonia norteamericana."

Aplaudo, aplaudimos todos, sin reserva, su actitud; ella es armoniosa con el pensamiento de la nueva generación americana: "Contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de nuestros pueblos para la realización de la justicia."

* * *

Por nuestra parte, nosotros, los jóvenes libres de España, que comprendemos perfectamente la irritación de nuestros compañeros del Panamá, nos unimos a sus voces de protesta, y soñamos, como ellos, con una nueva era de libertad y de justicia para toda Hispanoamérica.

Jardín invernal

El jardín invernal está todo verdecido
de gritos infantiles.

Y los árboles entusiasmados con los juegos de los niños
se han puesto a saltar a la comba y a dar graciosos volatines.

El surtidor es una carcajada infinita
que llena el jardín de buen humor.

Entre el ramaje pian los minutos
la canción de fresa del crepúsculo.

INVIERNO

En invierno resucitan los muertos.

Aunque el olvido
nace de los árboles secos.

Todos,
todos los adioses
que tremolaron los pañuelos
yacen inertes en los hoyos de los árboles

Y el cielo
tiene los párpados cerrados,
está durmiendo
porque en invierno duerme el cielo.

Todos los inviernos
florece violetas mi cuerpo.

YA ESTÁN

Ya están mis últimos años
ya están lejos amontonados.

Amarillos crecieron, amarillos
y amarillos se han secado.

No puedo coger ninguno
para llorarlo lozano.

Mi vida ya no verdece
todos los años se me caen
se me caen como me crecen.

J. RIVAS PANEDAS.

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

El fascismo, triunfante⁽¹⁾

El domingo pasado fué día de gala en Roma. Los fascistas celebraban el séptimo aniversario de su advenimiento y lo hicieron con el entusiasmo en ellos habitual,

El señor Mussolini pronunció una de sus acostumbradas arengas. Fustigó a los partidos de oposición, a la democracia, al parlamentarismo, a sus detractores extranjeros y a los defensores del asesinado Matteotti. Arrancó sonoros toques de su propia trompeta. En un corto espacio de tiempo, increíble, dijo que Italia había sido provista de leyes que restaurarían la vida nacional. El problema del capital y el trabajo había sido por completo resuelto. El carácter italiano moldeado de nuevo, y ahora, "cuando la rueda del destino gire, estaremos preparados para cogerla y darle la vuelta, según nuestra voluntad". Lo que esta última profecía significa, no lo sabemos, y probablemente no lo supieron sus oyentes. Pero les bastó con que la ceremonia fuera un éxito. A los que pueden ver por bajo de la superficie de las cosas, no les convenció.

Un corresponsal nos pregunta qué derecho tenemos a intervenir en los asuntos de una nación amiga. Naturalmente, no aspiramos a tal derecho, sino sencillamente al derecho a la crítica, que es cosa muy distinta de la intervención. Censuramos enérgicamente hace unos años el lanzamiento de ejércitos "Blancos" contra los Soviets rusos, e igualmente censuraríamos el de ejércitos "Rojos" contra el señor Mussolini. No obstante, a pesar de nuestro desagrado por las doctrinas fascistas y bolcheviques, deseamos las mejores relaciones, tanto con la Rusia de los Soviets como con la Italia fascista. No somos menos amantes de Italia que nuestro corresponsal. Pero hacemos una distinción entre Italia y el fascismo, y puesto que afortunadamente la Prensa británica no está censurada desde Roma, continuaremos diciendo lo que nosotros, y la mayoría de los ingleses que discurren, sostenemos ser la verdad acerca de la filosofía y la práctica fascistas. Si fuesen necesarios algunos justificantes, hay dos muy obvios. En primer lugar, el señor Mussolini no se contenta con imponer el fascismo en Italia: predica su necesidad para nosotros y para otros pueblos que padecen la democracia. En segundo lugar, ningún Gobierno puede pretender que su política exterior esté libre de la crítica extranjera, y la política extranjera del señor Mussolini es de las que invita al más severo examen en nuestro país.

En el curso de su peroración del domingo, el Duce dijo: "Nosotros decimos a la autoridad responsable de los Estados extranjeros: Vosotros tendréis que ir a lo que nosotros hemos ido: si queréis vivir, tenéis que deshaceros de las gárrulas instituciones parlamentarias. Tenéis que dar autoridad al Poder Ejecutivo." Suponemos que este consejo no habrá acelerado el pulso de Mr. Baldwin cuando lo haya leído, si lo ha leído. Pero, sin duda, ha estimulado los cerebros más ligeros de su partido, desde los caballeros del *Morning Post*, que están crónicamente embriagados con los dogmas de Mussolini, hasta los coroneles retirados y los empleados de Banco que visten sus camisas. Y hay incluso algunas personas más prudentes, al parecer, sobre las cuales la obra del fascismo ha hecho impresión. ¿Cuáles son las obras del fascismo? No meramente, como nuestro corresponsal sugiere, la purificación de la vida política y social de Italia. En cuanto el fascismo hizo esto, y lo hizo por medios rectos, tiene títulos para la alabanza. Pero en la realidad, sin embargo, una parte considerable de las mejoras que se atribuyen al señor Mussolini no son en nada atribuibles al fascismo. Pretende haber ahogado el bolchevismo en Italia. Pero es muy discutible si la ebullición de la inquietud industrial que se produjo, en Italia como en otras partes, después de la guerra, pudo mirarse seriamente como un peligro bolchevique, y, en todo caso, ciertamente que no necesitaba una revolución armada para disiparlo. Ni se necesitaba una revolución armada para abolir la mendicidad callejera o para hacer que los trenes fueran puntuales, ni aun, a nuestro juicio, para llevar a cabo las reformas políticas y sociales que Italia, indudablemente, requería. ¿Y hasta qué punto puede sostenerse la pre-

tensión de que la prosperidad de Italia es debida al fascismo? Los fascistas están nivelando sus presupuestos, es cierto, y van a pagar una parte de su deuda exterior; pero otros hubieran podido hacer lo mismo sin gran dificultad. No hay falta de trabajo en el Norte de Italia; pero esto parece debido casi por completo a la gran emigración de los obreros a Francia. La hay en el Sur de Italia porque la emigración normal a los Estados Unidos ha sido suspendida.

Pero permítasenos conceder que Italia ha logrado orden y considerable prosperidad material bajo el régimen fascista. Queda aún la cuestión de los métodos por los cuales ha alcanzado tales beneficios y el precio que siguen pagando por ellos. Los métodos de los revolucionarios de la Camisa Negra fueron deplorables. No eran una clase oprimida que van a la revuelta contra la injusticia y la persecución. Representaban los intereses poderosos del país: industriales, propietarios, oficiales del Ejército. Mussolini no era su dueño, sino su instrumento.

Era y es el instrumento mediante el cual los oligarcas practican la demagogia sobre las masas. No negamos que tenga grandes talentos y no pretendemos disputarle el concepto napoleónico que de sí mismo tiene. Nos limitamos simplemente a indicar que el movimiento de que es cabeza no era, como se le suele representar, un levantamiento espontáneo de los bajos para bajar de sus puestos a los poderosos. Fué un levantamiento del poder contra la debilidad. Los débiles no eran todos inocentes, y se puede excusar, y hasta aplaudir, a los fascistas por haber dado cuenta de la corrupción, la incompetencia y el error subversivo. Pero no se detuvieron aquí. Destruyeron lo bueno con lo malo; atentaron contra instituciones y asociaciones con furia salvaje. Persiguieron, maltrataron y mataron a los que discrepaban de ellos.

Nosotros creemos que ésta no es una religión para los italianos. Se nos dice por los fascistas

que la democracia y el Gobierno constitucional son las raíces para producir la anarquía. Se nos dice por sus apologistas ingleses que, aunque la democracia puede actuar en Inglaterra, no puede hacerlo en Italia, y que todo sistema de gobierno debe acreditarse por sus resultados. Sea. ¿Cuáles son los resultados del fascismo en Italia? Orden y disciplina: cosas buenas en sí.

Ni además el orden y la disciplina son los únicos resultados de la política fascista. Las libertades de que Italia ha sido privada son libertades substanciales, vitales para una nación europea en el siglo XX. No son mera licencia que amenace la autoridad del Estado, a no ser que esa autoridad sea una usurpación.

Es un sarcasmo pintar esta aquiescencia como entusiasta consentimiento y decir que toda Italia, excepción de unos cuantos rebeldes atrabiliarios, es entusiasta por el régimen fascista.

No es probable que persuada a nuestras "autoridades responsables" a ocupar un sitio semejante, pero puede lograr producir algún pequeño daño excitando a nuestros irresponsables.

Pero la mayor facultad en cuanto concierne al mundo exterior, está en la política extranjera del Gobierno fascista. El señor Mussolini no se recata para demostrar

sus ambiciones por el engrandecimiento de Italia. Es cierto que eventualmente sirve a la Liga de las Naciones;

Ha dicho claramente que no "sostendrá ningún absurdo de la Liga". Es cierto que circunstancialmente dice que Italia no es imperialista; pero constantemente sostiene ante esa Italia no imperialista la promesa de un Imperio. ¿Dónde será? ¿En el Mediterráneo? ¿En Africa? ¿En el Asia occidental? ¿En la Europa Central? Nadie lo sabe bien; pero todos los que están dentro de su órbita: Turquía, los Estados balcánicos, los checos, austriacos, franceses, están recelosos y sobresaltados. Y en tal estado de cosas, aunque directamente no estemos envueltos nosotros en ninguno de estos planes, afectan ciertamente a los intereses británicos. Nuestro primer interés es la paz, y nuestra demanda contra la Italia fascista es que es una perturbadora de la paz. El fascismo, con su base de violencia, su exaltación del Estado nacionalista, y su romanticismo de similor, es un peligroso irritante. El señor Mussolini y los que le siguen puede que sean patriotas; pero su patriotismo trasciende a Luis XIV y Bonaparte, más que a Garibaldi, a Mazzini y a Cavour.

(The New Statesman, 3 de abril de 1926.)

Este número ha sido visado por la censura

(1) Transcribimos el siguiente artículo, editorial del último número de la conocida revista inglesa *The New Statesman*, por considerar muy interesante que nuestros lectores conozcan la opinión que en Inglaterra se tiene del fascismo italiano. *The New Statesman* es, como se sabe, una revista liberal independiente y su juicio puede estimarse un compendio del sentir general.



EDITORIAL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

:-:

MADRID

ULTIMAS PUBLICACIONES

	Pesetas.
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.

¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

HIJOS DE QUIRICO LOPEZ

VINOS :-: ANISADOS :-: LICORES

M A L A G A

Aperitivo tónico, Vino TITAN :-: Anisado, Cazalla KIRIKO

Anís, Ojén JOAQUIN BUENO :-: Moscatel, ROKERO

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.
» semestral . . . 7,00 »
» trimestral . . . 3,50 »

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*

Marqués de Cubas, 8

M A D R I D

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-*
DIANTE. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192
(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.